
Carlos Castañón Barrientos

Raza de bronce del boliviano Alcides Arguedas, es una de las novelas más destacadas de Sudamérica. Publicada en 1919, inició la corriente literaria denominada indigenismo, por la defensa que cumplió del indio de las regiones andinas, esclavizado sin ningún escrúpulo por patronos blancos, feroces dueños de la tierra, y sus empleados mestizos. Raza de bronce es la hermana mayor de *El mundo es ancho y ajeno*, del peruano *Ciro Alegría*, y *Huasipungo*, del ecuatoriano *Jorge Icaza*, novelas de la misma orientación, que se escribieron después.

El mundo sabía muy poco de la servidumbre reinante junto al Lago Titicaca, a 3.800 metros sobre el nivel del mar. Fue Arguedas quien la dio a conocer por primera vez, literariamente, en su libro, poniendo en evidencia amargos detalles de la misma y mostrando, de paso, la estupenda belleza del paisaje en las regiones altas bolivianas. El novelista es un censor implacable de las injusticias que muestra, y al mismo tiempo, un artista que da rienda suelta a su pluma. Cuando denuncia, habla con la energía de un escritor comprometido, y cuando describe el paisaje, nos impulsa a decir que un poeta no lo habría hecho mejor.

Señalemos algunos puntos interesantes de la novela.

El espacio o lugar donde ocurren los hechos narrados es tan importante que la estructura externa del libro está acomodada a la zona geográfica. «El valle» y «El yermo» son los capítulos en que se divide la obra. Y aunque pudiera parecer lo contrario, ese espacio no es un elemento meramente decorativo de la narración. Se diría que, con su impresionante belleza primitiva, agreste por momentos, el Lago Sagrado de los Incas y los parajes aledaños son la áspera

pero hermosa fuente de donde han brotado con naturalidad, por una parte, el dulce y atrayente personaje llamado Wata-Wara, y por otra, los varones del lugar, sumisos en apariencia y pacíficos, pero capaces de levantarse con increíble rigor contra sus opresores, si éstos han llegado a extremos intolerables, que es precisamente lo que ocurre en la novela.

El narrador omnisciente parece despojarse de tal condición para trocarse en historiador, sociólogo y ensayista cada vez que se ocupa, con cierta extensión, de las circunstancias que han dado lugar a los hechos narrados. En otras ocasiones, con la satisfacción de un investigador social, gusta de introducirse dentro de la realidad mágica, entretrejida de supersticiones, ritos y brujerías, en que se halla encajado el indio, así como en sus leyendas y tradiciones, de un evidente sabor romántico. De esta actitud nacen las páginas más pintorescas y exóticas de la novela. Mas, cuando se pone a narrar, no cabe la menor duda de que lo hace sueltamente, con claro dominio del oficio. En este orden, son dignos de citarse todo el primer capítulo y las tensas escenas postreras: la violación de Wata-Wara, la reacción que el suceso provoca entre los indios, y la consiguiente venganza. Notable es, igualmente, el efecto que logra el narrador sobre el ánimo de los lectores cuando, por única vez, se aleja de los hechos narrados y opta por solamente verlos y oírlos a la distancia, a través de Choquehuanka, en las dos últimas páginas del libro.

Digamos, para terminar, que ninguno de los varios personajes se eleva a la calidad de protagonista. Quien alcanza ese papel es la colectividad india en su conjunto, la asentada en la hacienda Kohahuyo y, en el fondo, toda la raza aimara —de color bronceado—, vecina del Lago Titicaca. Ello no es de extrañar, porque en los grupos sociales similares a éste, la persona individual no cuenta. Vale la colectividad, la comarca, el ayllu. El personaje que más impresiona es el jefe espiritual del grupo, el sorprendente anciano Choquehuanka. Su discurso del final de la novela sólo ha podido concebirse por un hombre que es el representante indiscutible de su pueblo y sabe, por una suerte de revelación divina, cuál es el camino que en los momentos críticos ha de seguir el grupo humano del que forma parte. En esta categoría de personas se alinean solamente los profetas y los patriarcas del tipo bíblico. Por eso, el discurso de Choquehuanka llamó la atención del propio Miguel de Unamuno, según carta que escribió a Arguedas luego de conocer la obra.

Raza de bronce merece la reedición que ahora se hace bajo la coordinación de Antonio Lorente Medina.